

## Capítulo 8: Los Picos del Sol

Durante media luna viajaron por verdes colinas, vadearon pequeños arroyos y atravesaron llanuras en flor. Después aparecieron las altas cumbres, impasibles e imponentes como guardianas del firmamento. Parecían ir vestidas con falda verde, corsé marrón castaña y un gorro color nieve que refulgía y se doraba con los rayos del sol.

– Los Picos del Sol –dijo Petaco parpadeando muchas veces.

A Furia le sacaba de quicio esa necesidad que tenía el grandullón de decir siempre lo que era obvio para todos, pero esa vez ni se dio cuenta. La muralla dentada era magnífica: las incontables crestas se erguían jactanciosas, esperando a ser encumbradas por los más intrépidos. Los buitres rondaban en lo alto volando en círculos, esperando cualquier fracaso del que pudieran alimentarse. Más allá de la primera y segunda hileras, se vislumbraban los montes más altos y lejanos, los que dibujaban la escarpada y difusa línea del horizonte.

Cuando había examinado la península en el viejo mapa robado de Notas, le pareció que sería fácil pasar de una costa a la otra. En ese instante lo reconsideró: casi que era mejor dar un largo rodeo.

Se dejó maravillar por la inmensidad del entorno y olvidó todos sus problemas, que eran muchos. Olvidó los grilletes prueba irrefutable de su condición de prisionera. Olvidó los harapos que llevaba y que la convertían en un amasijo de piel sucia y tatuajes a la vista, además de una diana ideal para los mosquitos. Olvidó que era una fugitiva en su propio clan. Una traidora. Una asesina. Olvidó que no le quedaba familia. Olvidó que no tenía a nadie. A nadie salvo a dos compañeros de viaje. Compañeros de condición, esclavos y llaneros.

Cuando llegaron a los pies de las abruptas paredes, la pequeña columna de hombres a caballo desmontó. De ahí en adelante, algunos seguirían a pie. Furia recibió la noticia con enorme satisfacción. Aquel se convirtió en el mejor día desde su desembarco en la península.

Estaba ansiosa por olvidar el sufrimiento de montar día y noche, casi sin descanso. Sus nalgas estaban repletas de llagas que sangraban y sus muslos en carne viva rozaban continua e inevitablemente con la silla de montar, obligándola a agonizar en silencio día sí y día también.

Algunos caballos fueron sacrificados y cortados en varias piezas que repartieron en bolsas antes de emprender la ascensión. La mitad de la comitiva dio media vuelta, rumbo a la aldea y con numerosos caballos sin jinete. La otra mitad encaró los riscos y se encaramó a las pedregosas y empinadas chimeneas, a pie y cargando todo tipo de material a la espalda.

Fueron otros tantos días de dolor en las piernas, de vientos fríos y escasa comida. Apenas tocó la carne de caballo, que se reservaba para los soldados y el conde. Fueron días de dura subida sin poder usar las manos. Días de sufrir en silencio mientras uno de sus compañeros silbaba tediosas melodías y otro suplicaba vino a las nubes como un maldito chiflado. ¿Cómo era posible que ella estuviera tan cansada y ellos tan frescos? Había una explicación de lo más sencilla, pero Furia la rechazaba con obstinación.

Iban abriendo camino. Si bajaban el ritmo, si se paraban a descansar, si se giraban para mirar hacia atrás... les esperaban latigazos. Gruñidos, insultos y latigazos. Furia soñaba con el látigo y el hombre de coleta gris que lo manejaba con tanta soltura. El hombre al que había jurado matar metiéndole su propio látigo hasta la campanilla.

Cuando alcanzaban una cumbre, nuevos picos todavía más altos surgían a través del mar de nubes arreboladas. Fue entonces cuando Petaco empezó a decir sandeces. “No tenemos derecho a estar por encima de las nubes”, “las nubes nos lo harán pagar”, “¡mirad, están enfadadas, están furiosas!”. Aquello era de lo más irritante y Furia se juró que no volvería a juntarse con un Zulur nunca más.

Furia llegó a la boca del volcán con las piernas temblorosas y los músculos en ascuas. Estaba hecha polvo, pero por fin podría descansar. Llevaba más de dos semanas prácticamente sin pegar ojo, durmiendo a la intemperie con harapos que dejaban más piel al descubierto que protegida. Se sentía pequeña y débil, pero se esforzaba por ocultarlo en todo momento. Ni Notas ni Petaco parecían estar pasándolo tan mal como ella.

– Estás enferma –le había aclarado el bardo.

Pero Furia había visto a enfermos en su tribu. Los había visto sufrir de verdad. Sufrir hasta la muerte. Los había visto caer al suelo de inanición, con las piernas flácidas como flanes, incapaces de volver a levantarse. Pero Furia siempre se levantaba. Los había visto gritar de dolor, pero de Furia solo salían murmullos. Los había visto cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca, pero Furia apenas dormía. Nunca los cerraba por mucho tiempo. No: Furia se negaba a estar enferma. Ella era dueña de su cuerpo y no dejaría que la enfermedad se lo arrebatara. Así lo decidió.

La magia del lugar la ayudó mucho a la hora de hacer caso omiso de sus dolores, fatiga y debilidad. Se encontraban en el cráter de un enorme volcán inactivo, el más alto de la cordillera, según decían los soldados del conde. En lo alto de la depresión circular se habían excavado graderíos donde se sentaban las huestes de los primeros nobles. También había cuevas excavadas en la pared volcánica que parecían llevar allí varios miles de años y que usaban unos pocos privilegiados como aposentos.

Cuando el sol se acostó y se corrió la cortina de sombra, el volcán pareció despertar. Miles de fuegos titilaban encendidos en la pared y suelo del cráter y por cada uno de ellos hebras de humo grisáceo ascendían hacia el firmamento. Las llamas danzaban por encima de las nubes y arriba las estrellas las observaban celosas y sin obstáculos.

– No hay nubes en estas tierras tan altas –declaró Petaco–, ¿cómo vamos a saber qué hacer?

Furia no entendía nada de lo que decía el gigantón, que llevaba varios días sin tocar una botella u odre de vino. Cuanto más sobrio estaba, más tonterías salían de su boca. O quizá fuera el mal de altura, algo de lo que Furia había oído hablar alguna vez.

– Ya sabemos lo que tenemos que hacer Peta –empezó a explicar Notas–. En dos días dará comienzo el Torneo de los Picos del Sol. Venceremos. Y luego nos liberarán y nos darán mucho dinero. Le daremos doscientos veintiocho lotos de oro y ocho de plata al conde de Tejmerel y nos largaremos de estas tierras a un lugar donde haya más dinero y menos soldados.

– Donde más dinero hay, más soldados se pueden pagar –objetó Furia.

Notas resopló y dejó caer los hombros, desanimado. El exilio estaba siendo más difícil de lo esperado para esos dos. Uno sin encontrar riqueza y el otro sin probar una gota de alcohol desde hacía días. Se estaba quedando seco, de tanto beber agua. Así no le iban a ser de gran ayuda a Furia.

El conde llegó al día siguiente, pues su comitiva se había rezagado en la subida y a él nadie le daba latigazos para obligarle a continuar. Sus guardias montaron una enorme tienda amarilla en

una de las grandes oquedades excavadas. Y desde que se hubo metido no volvió a salir más. Ni siquiera para mear.

Los tres fueron llamados al pabellón y tuvieron que postrarse ante su señor de Tejmerel, todavía con los pesados y herrumbrosos grilletes. Por lo menos el suelo estaba mullido con varias capas de alfombras de formas geométricas y colores chillones. No eran como sus aposentos en el fortín, pero Furia constató que el hombre se había llevado el Pento y varios libros que descansaban sobre una silla de aspecto frágil.

– Dejadme que os hable de esta tradición, mis queridísimos campeones –dijo con sorna, mientras paseaba tranquilamente de un lado al otro de la tienda–. El Torneo de los Picos del Sol fue instaurado por el emperador Samprati Primero, que bondadoso él, quiso dar esta oportunidad a los esclavos del Imperio tras su primera y única revuelta.

“Mentira”, pensó Furia. Debió de haber más revueltas, pues ella conocía al menos una más. La de las Llanuras que lideraron los Kaloshi en su guerrilla, a la que se unieron otros clanes y ulteriormente acabó con la liberación de sus tierras.

– En vez de masacrarlos como habría hecho cualquier déspota, el Primer Emperador les dio la posibilidad de ganarse su libertad –prosiguió el conde, con las manos enlazadas a la espalda–. Cada amo podía presentar hasta a cinco esclavos para representarlo en el Torneo. En juego, una muy jugosa cuantía de dinero para el amo y la libertad para el vencedor o los vencedores –hizo una pausa, como esperando a que alguno de sus tres presos hiciera una pregunta, pero al ver que esta no llegaba, prosiguió–. Sí, porque puede haber más de un vencedor, mientras sean esclavos del mismo amo. Esto significa que no hará falta que os matéis ahí fuera. Al contrario, haríais bien en defenderos unos a otros. ¿Lo entendéis?

El mayordomo se acercó con una bandeja y varias tazas humeantes. Posó una en la mesita que había junto al pequeño sillón desmontable del conde y se las entregó una a una a los tres llaneros. Notas la aceptó de buena gana, Peta prácticamente se la quitó de las manos y Furia tardó una eternidad en decidirse a cogerla, cosa que finalmente hizo con gesto hosco.

– Es una bebida típica de la península, tiene propiedades sanativas y relajantes. Os sentará bien... Ahora estamos del mismo lado, ¿sabéis? Si vencéis, todos salimos ganando. A mí me darán mucho dinero, y a vosotros habré de concederos un deseo –el conde carraspeó, parecía arrepentido de pronto–. No cualquier deseo, obviamente. Podréis pedir cualquier cosa, pero yo podré rechazarla y tendréis que pedir otra que yo esté dispuesto a aceptar. Pero os prometo que aceptaré devolveros la libertad. Claro que si alguno de vosotros prefiere una botella de vino o un poni, también estaré dispuesto a concedéroslo, en lugar de la libertad, huelga decirlo.

Peta alzó la vista en cuando oyó la palabra “botella”, pero Notas se removió nervioso.

– En cuanto a las reglas... –seguía diciendo el conde–. Bueno, es bastante fácil: no las hay. Tan solo tenéis que matar a los esclavos de los otros amos. O sea, a todos los que no sean uno de vosotros tres. El Torneo dará comienzo con el sonido de la corneta, y entonces todos correréis al centro del cráter, que es donde estarán las armas. Espadas, mazas, hachas, martillos, cuchillos... También palas y azadones. Nunca son nada del otro mundo, al fin y al cabo, son armas viejas que traemos porque ya no las necesitamos. ¡Oh! Y también hay arcos, aunque muy pocos. En el pasado hubo ciertos... incidentes entre el público. Al parecer hay esclavos que no saben apuntar. Por eso ahora solo ponen dos o tres arcos en el centro, y reparten las flechas por el

suelo del cráter. No suele haber más de media docena de flechas en total, así que lo más sensato es dejarse de arcos y flechas y luchar como hombres.

Como hombres... Furia iba a enseñarle a luchar como un hombre... Su voz le provocaba náuseas, o quizá fuera su porte presuntuoso e impertinente. En ese momento reflexionó sobre a quién debería matar primero, si al conde o al hombre de la coleta y el látigo.

Entretanto, seguían arrodillados mientras su supuesto amo peroraba. Lo único que Furia deseaba era largarse de allí. Olía a flores e incienso. Demasiado bien para su gusto. Sus manos temblorosas y tatuadas sujetaban la taza humeante, y estaban atadas, conque apenas usarlas. Empezaba a notar gran dolor en las rodillas, pese a las alfombras. Se bebió el brebaje y el líquido le calentó agradablemente el esófago e incluso le relajó la garganta. Luego, hizo lo que, a su forma de ver, cualquier persona en su sano juicio habría hecho en su lugar: levantarse.

– Oh, creo que ha habido un malentendido –saltó el conde–. Os concederé la libertad cuando os hagáis con la victoria. Hasta entonces, seguiréis teniendo que arrodillaros ante mí.

El hombre hizo un gesto a alguien que aguardaba tras ellos. Furia se giró rápidamente para comprobarlo, con el ceño fruncido. Dos guardias la golpearon por detrás y ella cayó hacia adelante. La taza voló y se hizo trizas al golpear con el suelo y ella se encontró nuevamente de rodillas ante su amo. Apretó los dientes con las fuerzas que le quedaban. ¿Cómo iba a vencer en el Torneo si no podía ni con dos malditos guardias?

– En fin, espero que me hayáis entendido. Este es un compromiso en el que todos podemos salir ganando, así que dad lo mejor que tengáis. ¡Luchad como si os fuera la vida en ello!

El conde se carcajeó con su propio chiste y solo después se bebió el brebaje. Se pasó la lengua por los labios y asintió satisfecho. Luego se levantó con una insoportable sonrisa en la boca y dio por terminada la visita, dando la espalda a sus invitados.

Los guardias sacaron de ahí a los tres llaneros con escasos modales. Pero Furia suspiró de alivio. Fuera estaba mejor. Lejos del conde, lejos de los guardias. Aunque en realidad los guardias nunca estaban lejos.